

Ana Alonso

La cueva del Corazón

Ilustraciones
de Pablo Torrecilla

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2011

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2011

© De las ilustraciones: Pablo Torrecilla, 2011

© De las fotografías de cubierta: Cosano/Anaya
y 123 RF/Quick Image

© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya
(Cosano, P.; Moreno, C.)

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2011

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.anayapizcadesal.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-667-9502-9

Depósito legal: M. 4849/2011

Impreso en Anzos, S. L.

28942 Fuenlabrada (Madrid)

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

La cueva del Corazón

Ilustraciones
de Pablo Torrecilla



ANAYA



A Pablo siempre le habían gustado los piratas. Siempre, desde que tenía dos años.

Le gustaba disfrazarse de pirata y subirse a una silla con su espada de plástico en la mano gritando: «¡Al abordaje!». También le gustaba jugar con su barco pirata de madera, con sus velas blancas y sus pequeños cañones dorados. Cuando deslizaba el barco por la moqueta de su habitación, se imaginaba que lo hacía por el mar, un mar lleno de tiburones, y que su cama era una isla misteriosa con palmeras y un tesoro enterrado, y que las muñecas de su hermana eran sirenas o princesas prisioneras de un barco rival. También le gustaba mucho dibujar barcos piratas. Le salía muy bien la bandera negra de los corsarios, con una calavera blanca en el medio. Y así fue como empezó todo...

Un día, su madre trajo a casa unas galletas de una marca nueva. Las galletas tenían forma de peces y de estrellas de mar. Hasta había algunas con forma de tiburón. Dentro de la caja, Pablo encontró un cupón recortable con un dibujo de un barco pirata. Encima del dibujo, había unas letras grandes y rojas que decían:

*¿Te interesa el mundo de la piratería?
¿Te gustaría navegar por mares lejanos
y buscar tesoros escondidos? Envía
tres cupones como este al apartado de
correos 444444 y haz tu sueño realidad.*



Normalmente, Pablo no se creía casi nada de lo que decían los anuncios. Sabía que siempre exageraban, su madre se lo había advertido muchas veces. También sabía que el cupón de la caja de galletas era una especie de anuncio, una promoción para vender más cajas de galletas. Pero, a pesar de todo, sentía curiosidad. Quería saber qué ocurriría si conseguía enviar los tres cupones a aquel apartado de correos.

Probablemente le regalarían un garfio de pirata o un parche de cuero para taparse un ojo. Incluso era posible que ganase un par de entradas para un parque temático.

Solo había una forma de averiguarlo: comer muchas galletas. Así que Pablo empezó a devorar las galletas con forma de peces y de estrellas. Las comía en el desayuno y en la merienda. A veces, incluso se llevaba un par de ellas para el recreo. Por suerte, la caja de galletas no era muy grande, y enseguida se terminó. Su madre compró otra. Y cuando la segunda caja se acabó, una tercera. Hasta que un día, Pablo se encontró con que por fin había reunido los tres cupones.

Después de recortar los cupones, Pablo los metió en un sobre blanco y escribió en él el núme-

ro del apartado de correos adonde debía enviarlos. En el reverso del sobre, puso su nombre y su dirección. Luego compró un sello en el quiosco de la esquina y lo pegó en el sobre. Su padre se lo llevó una mañana para echarlo al buzón.

—No te ilusiones demasiado con todo esto —le advirtió—. Probablemente solo se trate de un sorteo de camisetas o de más cajas de galletas. Además, seguro que escriben miles de niños.

Pablo sabía que su padre tenía razón, así que, después de dárselo, procuró olvidarse de todo el asunto. Cada vez que le venían a la mente los tres cupones, se esforzaba por pensar en otra cosa. Eso sí, seguía jugando con su barco pirata y dibujando banderas de corsario. Y también seguía comiendo aquellas galletas con forma de peces y de estrellas, porque, después de todo, estaban muy ricas.

Pasaron muchas semanas. Pablo ya se había olvidado por completo de la historia de los cupones. Con la llegada del buen tiempo, salía más al parque y ya no dibujaba tantos barcos piratas.

En el parque, jugaba con otros niños al escondite o a subirse a los toboganes y a los columpios. Muchas veces, antes de lanzarse por el tobogán, Pablo levantaba los brazos y gritaba: «¡Al aborda-



je!». Pero los otros niños se reían, como si aquello fuese una tontería, así que dejó de hacerlo.

Por lo demás, todos los días se parecían unos a otros como gotas de agua. Siempre se levantaba a la misma hora, iba al colegio, volvía del colegio, comía, iba a alguna actividad extraescolar, luego al parque, merendaba... La misma rutina de siempre. Resultaba bastante agotadora, pero ya estaba acostumbrado.

Hasta que una tarde de mediados de junio, sucedió algo increíble...

Era un martes. Como todos los martes, Pablo volvía del colegio en el coche de Clara, su vecina. El martes era el único día de la semana en que sus padres no iban a buscarle, pero había una buena razón: su abuela estaba en casa.

Todos los martes, su abuela dejaba su pequeño adosado de las afueras para ir a visitarlos a la ciudad. Pasaba todo el día con sus nietos, y además preparaba de comida el plato preferido de Pablo, tortilla de patatas con pimientos verdes. Quizá, por eso, a Pablo le encantaban los martes. No tenía que ir a ninguna actividad después de clase; si hacía buen tiempo, mamá y la abuela le llevaban al parque, y si hacía malo, iban al cine o a la biblioteca

pública y después solían tomarse un chocolate con churros. Ese día, Pablo estaba convencido de que irían al parque. Hacía bastante calor, y la abuela, acostumbrada a dar largos paseos al aire libre, se agobiaba mucho dentro de casa cuando hacía tanto calor; decía que le faltaba la respiración. Así que irían al parque, seguro, y luego a la heladería de Miguel. Pediría un cucurucho de limón y menta... ¡Umm, casi podía saborearlo!

Pero cuando la abuela le abrió la puerta, supo nada más verla que no irían al parque.

